

breves indicaciones me bastarán para guiaros hasta mas allá del punto á que hemos llegado.

Quizá esperais que, despues del Evangelio y las Actas, que componen la parte histórica del Nuevo Testamento, voy á introduciros de repente en su parte teológica, esto es, en las cartas de los Apóstoles, particularmente en las del apóstol san Pablo. Este órden, que á simple vista parece natural, os precipitaria con demasiada rapidez á las profundidades del dogma cristiano. Prefiero conduciros á él con menos celeridad, pero con mas solidez. Hé aquí por qué yo os hago retroceder mil años, os conduzco de Jesucristo á David, su mas ilustre abuelo. David no es solo profeta, es tambien el príncipe de la oracion y el teólogo del Antiguo Testamento. La Iglesia universal se sirve de sus Salmos para orar, encontrando en esta oracion, además de la ternura de corazon y de la magnificencia de la poesía, las enseñanzas de una fe que ha sabido todo lo que atañe á Dios creador, y ha previsto cuanto se relaciona con Dios redentor. El Salterio era el piadoso manual de nuestros padres; veíasele sobre la tosca mesa del pobre, así como sobre el reclinatorio de los reyes; todavía hoy, en manos del sacerdote, es el tesoro donde recoge las inspiraciones que le conducen al altar; el arca que le acompaña entre los escollos del mundo y al través del desierto de la meditacion. Nadie oró mejor que David; nadie ha sido mejor preparado por la contradiccion y la gloria, por mas vicisitudes y paz, para cantar, como mejor que él nadie ha cantado la fe de todas las edades, como nadie mejor que él ha llorado los pecados de los hombres. Él es el padre de la sobrenatural armonía, el músico de la eternidad en la tristeza de los tiempos, su voz se adapta al que la desea para gemir, para invocar, para interceder, para loar y para ado-

rar. Servíos de ella, Manuel, vos que tan jóven sois aun en la oracion, tan inexperto en las inspiraciones del alma hácia Dios; servíos de aquella voz en la que la Iglesia ha modulado la suya, y que de tres mil años á esta parte lleva á los Ángeles los suspiros y la alegría de los Santos. ¡Llevad siempre y á todas partes con vos el Salterio como un fiel compañero! cualquiera que sea la situacion en que os encontréis, David os ha precedido en ella. ¿Seréis pobre? David fue pastor. ¿Seréis soldado ó capitán? David peleó y venció en el campo de batalla, y su gloriosa espada dictó la victoria en la guerra civil y en la extranjera. ¿Seréis palaciego, amigo de reyes? David frecuentó las cortes, comprendió sus ingratitudes. ¿Seréis vendido, perseguido? Antes que vos lo fue David, errante largo tiempo por el destierro, incierta era la suerte que le esperaba. ¿Tendréis la dicha de encontrar un alma del todo entregada á la vuestra? David amó á Jonatás, y fue de él querido. La rivalidad de sus respectivos destinos no separó nunca sus corazones; y el hijo de Saul, envuelto en la reprobacion de su padre, perdió trono y vida sin perder la amistad. ¿Seréis fiel á Dios? Fuele David. ¿Seréis pecador? David lo fue tambien. ¿Las contrariedades os precipitarán de la cumbre de la fortuna á la extremidad de la miseria? David huyó ante la traicion de su hijo, no habiendo recobrado su fortuna sino sobre el cadáver del hijo que queria salvar. Imposible es encontrar en la vida humana un riesgo, un gozo, una amargura, un abatimiento, un ardor, una nube siquiera, un sol que no esté en la vida de David, y que su arpa no conmueva y convierta en un don divino, en un soplo de inmortalidad.

David será, pues, quien de los brazos del Evangelio os conducirá á san Pablo. San Pablo es el teólogo del Nuevo Testamento, el último y mas profundo

eslabon en las cosas divinas. Venido despues de Jesucristo, y cuando estaba consumada ya la revelacion de todos los misterios, hombre de ciencia antes de ser hombre de Dios, llevó á los abismos de la encarnacion y de la redencion una luz tan enérgica que por de pronto deslumbra, y una intrepidez de fe cuya inesperada expresion causa una especie de vértigo al entendimiento que no está preparado á ella. San Pablo usa un lenguaje especial: un griego mezclado de hebraismos, giros de frase bruscos, atrevidos, concisos, algo que parece desdeñar la claridad de estilo, porque una luz superior inunda su pensamiento, y esto le parece bastante para manifestarse por sí mismo. Indiferente así respecto á la elocuencia como á la luz, desalienta al primer momento el alma, llegada á sus piés; mas obtenida la llave de su lenguaje, y alcanzado poco á poco su conocimiento, gracias á una repetida lectura, entrégase aquella á una extática admiracion. Sus palabras son otros tantos rayos que commueven y arrebatan; nadie se ve que le supere, ni David, el poeta de Jehová, ni san Juan, el águila de Dios; pues aunque no posea la lira del primero, ni la rapidez del ala del segundo, tiene bajo de sí todo el océano de la verdad y la calma de las olas que enmudecen. David vió á Jesucristo desde la cumbre de la montaña de Sion, san Juan descansó sobre su pecho en un convite; á caballo, cubierto de sudor, con ojos chispeantes, lleno el pecho de las iras de la persecucion, vió san Pablo al Salvador del mundo: derribado por el aguijon de la gracia, le dirigió esta palabra de paz: *Señor, ¿qué quereis que haga?*

Estudiad, saboread á san Pablo, y poseeréis las Escrituras. Las abriréis en su primera página y las leeréis á placer vuestro, segun el orden con que la tradicion de la Iglesia ha colocado sus libros. De esta manera llegaréis al Apocalipsis de san Juan, que es

la profecía del Nuevo Testamento, y de todo el porvenir de la Iglesia sobre la tierra. Nada os diré yo de él. En aquella famosa vision san Juan vió caer la Roma idólatra, formarse con los despojos del imperio romano las monarquías cristianas, establecerse en el mundo una potencia opuesta al reino de Cristo, sucederse las caidas y los errores, y finalmente llegar en los últimos tiempos la postrera y mas formidable persecucion, de la que la Iglesia triunfará por medio de la segunda venida de Jesucristo.

Considerada en su conjunto, aquella profecía es clarísima; mas sus detalles no se prestan á los trabajos de los que desean seguirla paso á paso y aplicar sus varias escenas á los acontecimientos que se van cumpliendo. Este trabajo, mas ó menos ímprobo, no será posible hasta los últimos dias, en que tocando á su término el destino de la Iglesia, nuestros descendientes dirigirán su retrospectiva mirada de época á época, recorriendo el curso de todas nuestras desgracias y de todas nuestras virtudes. Hasta entonces la sombra interceptará la luz, y esto no debe causar pena á quienes, como nosotros, viven entre el pasado y el porvenir de la fe, bajo el esplendor de ambos Testamentos.